

De Ulmo y Melyanna

Nuria Abajo Gamarra

IOIOIOIOIOIOIO IOIOIOIOIOIOIO

Este relato está basado libremente en la mitología de Irlanda y Gales, concretamente en la figura del dios Manannan Mac Lir, y en el héroe Manawydan fab Llyr. Algunos escritores modernos, como Jennifer Heath, sugieren que ambos personajes son el mismo reinterpretado por un distinto pueblo, y sus amantes respectivas, Fand y Rhiannon, son de igual forma una única heroína.

He aquí una sencilla adaptación para el Legendarium de J.R.R. Tolkien.

IOIOIOIOIOIOIO IOIOIOIOIOIOIO

De entre los Ainur que corearon los versos de Ilúvatar en la Gran Canción, Melyanna era una Maia al servicio de Vána y Estë que vivió en los Jardines de Lórien durante las edades sin estrellas. Mas, su leyenda se forjaría en la Tierra Media, cuando abandonó a su linaje sagrado con la intención de habitar entre los árboles jóvenes de la foresta de Nan Elmoth.

Allí fue donde conoció a Elwë Singollo, Señor de los elfos Teleri, y Melyanna obró un encantamiento que lo retuvo junto a ella, de tal forma que sus destinos se unieron y el afecto nació. Y por tanto tiempo se amaron, que él renunció a la misión de guiar a su pueblo hasta las costas de Aman; y ella decidió permanecer a su lado como su esposa para no volver con los Ainur, adoptando un cuerpo sólido y reencarnado, no desemejante al que poseían las hijas de la estirpe de los Primeros Nacidos.

Y no pecan en ignorancia aquellos que creen en cuál bellas son las crónicas escritas en torno a este enlace; porque bravos y magnos fueron los hechos acontecidos en la Primera Edad del Sol, tanto como lo fueron los héroes que llegaron a protagonizarlos: Como Rey y Reina de los elfos Sindar, Elwë y Melyanna fueron conocidos como Thingol y Melian; y en Doriath, su feudo, aquellos dignos de no ser olvidados encontraron cobijo contra los males de Morgoth. Sin embargo, los relatos los recuerdan por ser los padres bendecidos de la bella Lúthien; una criatura de particular linaje por ser un retoño entre un Ainu y un Quende, una unión que no se volvió a repetir y cuya descendencia estaría predestinada a obrar los más grandes hechos sobre la Tierra Media. La misma Lúthien fue una protagonista singular en la gesta de los Silmarils y amaría al héroe humano Beren, con tal pureza que ella renunciaría al don de la perpetuidad a favor de la pesada carga ligada a los mortales.

Ahora bien, sabido es que la desgracia se abatió en la casa de Doriath, ya que el rey Thingol perdió la vida a causa de la avaricia, la traición y el orgullo; y así su alma abandonó el mundo para vagar como un habitante más de las Estancias de la Espera, en el feudo oscuro de Námo. Pues de esta materia es el hado de los elfos, quienes pueden morir bajo el filo de una espada o por la tristeza, si bien ninguno conocerá la vejez del hombre.

Sin embargo, aunque se desconoce gran parte del destino de Melian tras la muerte de Thingol, se cuenta que ella decidió renunciar a ser una soberana en la Tierra Media. Por un

tiempo posiblemente debió vivir con Lúthien y su familia; no obstante, al no encontrar sosiego a su dolor y al entrever que sus dones protectores menguaban sin Thingol, regresó al continente bendecido de Aman para tornar el luto y llorar la pérdida. Por eso, muchos cuentos acaban aquí, con Melian como una viuda y relegada a las brumas del pasado.

Pero las historias, las cuales brotan de la imaginación de aquellos iluminados por Eru con el don de soñar los tiempos legendarios, tienen mil hilos para seguir y mil maneras de ser trenzadas. Existen relatos que nunca dejarán de ser contados, como versiones oscuras que se pierden en la memoria hasta tocar el vacío.

Esta leyenda de los pueblos portuarios es una de esas versiones. Y difiere considerablemente a muchas otras que lleguéis a conocer.

Así es porque la gente de la costa tiene sus fantasías, sus creencias y sus canciones; compuestas con disparejos pensamientos que no comparten los habitantes de las tierras céntricas. Hablamos de esos pescadores y navegantes con el corazón acompasado al pulso de Eärendil, de manos rudas y labios suaves, que rara vez vuelven sobre sus pasos a pesar de tener la felicidad tras de sí; o esas mujeres que moran en soledad junto a la playa, con hijos descalzos, a la espera de ver un navío en la desolada distancia. Todos ellos poseen un espíritu sazonado por la marea, y no pueden encontrar sosiego con los montes o los altozanos, y mucho menos con la creencia de un afecto verdadero que no conlleve una despedida. Por eso, en sus cuentos, hay redes de amor que no pueden atrapar peces, o sabios cetáceos que son princesas encantadas a las que se ve una vez y luego nunca más.

Sea como sea, ellos creen que Melian no volvió a Lorellin en pos de sus antiguas señoras, aunque en un principio fuera esa su intención. Sino que, durante un tiempo, ella permaneció en Tol Eressëa, la isla solitaria de los Elfos en la bahía de Eldamar.

Allí encontró un curioso consuelo en la belleza del mar, en la brisa que recorre los acantilados o en las baladas de las aves acuáticas. Y, si bien era una Maia vinculada a los bosques y tal nuevo apego fuera impropio a su naturaleza, terriblemente hermoso llegó a parecerle este lugar tan ignorado en el pasado. Además, como Melian había gobernado a los elfos grises, enseguida quedó cautivada por el arte y las cualidades de los Teleri, los elfos marinos, cuyas colonias eran profundas en la isla. Pues ya se sabe que los Sindar y los Teleri han sido pueblos hermanados desde tiempos remotos, y el mismo marido de Melian fue uno más de esta progenie. Por tanto, no es de extrañar que ella viera en ellos a gente digna de su afecto, de agraciada apariencia y corazón comprensivo.

Así lo quiso y permaneció junto a los Músicos de la Costa cómo una más de su linaje, cobijada en la misma apariencia carnal con la que reinó en Doriath y dio a luz a Lúthien, un cuerpo que proyectaba sombra: una cáscara que la envolvía, la aprisionaba y la diluía en una esencia antinatural ajena a lo que ella fue una vez en la Gran Canción, hasta convertirla en una simple mujer elfa, dueña de pies ligeros y de apetito.

Así pues, el cuerpo se había convertido en una prisión anhelada de la que no quería desprenderse; aunque las pestañas le pesaran tanto como la añoranza, o casi hubiera olvidado la forma etérea del verdadero mundo por causa de la carne. Porque el cuerpo era lo único que le quedaba de su vida en Beleriand, un algo más fuerte que un recuerdo, que la ligaba a Lúthien y a Thingol más allá de la tristeza y la evocación.

No obstante, hubo días para Melian en los que deseó ser llamada Melyanna.

En esos ciclos no encontró sosiego entre los elfos. Le invadía el horrible pensamiento de que, aunque compartiese su apariencia, el destino de los Primeros Nacidos había dejado de ser el suyo sin Thingol, y ya no podía mirarlos de similar forma, ni compartir las mismas esperanzas. Por ello, la Maia volvía a Lórien, aunque fueran breves los instantes, en busca de la estirpe a la que perteneció en su juventud. Pero la atadura de su carne se resentía entonces, desgarrándose ante la presencia de los Sagrados; porque era sólo un mero disfraz y no la verdadera naturaleza de Melyanna, y ella no podía retenerla para siempre sin un precio. En consecuencia, al final retrocedía sobre sus pasos en busca de abrigo en las concisas ciudadelas élficas.

De tal forma vivió por mucho tiempo en Tol Eressëa, sin ser ella misma y sin buscar el regocijo. Igual que un fantasma de recuerdos mortecinos o una sombra de viudez; ya fuera de noche o de día, entre los Quendi o entre los Ainur. Porque Melian no quería ni la compasión ni el cambio. No quería nada de la futura vida que no formara parte del sufrimiento, puesto que juzgaba que la felicidad y el dolor corrían por una única senda, y ésta no debía romperse. Pues cuando uno conoce la dicha luego siempre debe esperar la penalidad.

Con estas palabras lo recordaba a todos aquellos que querían saber:

«Me disuelvo en el mundo sin disolverme, camino sin un rumbo, y todo aquello que he amado me ha dejado... Eso soy ahora, Nada en lo que fue un Todo, una Viuda. Y finalmente, como una Viuda, vuelvo a la vida usando mis sollozos, mi canto y mis recuerdos. Soy el cirio apagado frente a la noche cerrada, en el cual una vez la luz habitó. No podéis esperar nada más de mí: Quisiera caminar la senda de Fui Nienna, podría ir tras su huella hasta llegar a los Reinos de la Noche. Mas no creo que fuera una digna discípula para la hermana de los Fëanturi, porque soy una sombra que llora por su propio dolor y lo demás me resulta indiferente. Sí, así es, parezco criatura patética, una rumiante de la pena; yo, que fui la Reina de Doriath y con mis encantamientos amparé la vida frente a la oscuridad. Pero es lo que queda. Ni a mi misma podría preservar en estas horas de mi existencia. La Cintura de Melian ha caído.»

Ahora bien, a pesar de no buscar felicidad, Melian no rehusó la compañía e hizo amistad con los Teleri. Especialmente con una niña teler a la que llamaban Falmanis, “mujer de las olas”, la cual nació en un mal parto y no podía hablar. No obstante, como Melian juzgaba que dicho nombre era poco apropiado y demasiado severo (pues la muchachita era de naturaleza

vivaracha y sonrisa fácil; poseedora de andares tan gráciles como alocados, al no poder quedarse quieta por un segundo), decidió darle el apodo sindarin de Gwaeliel, “muchacha gaviota”, antes de convertirla oficialmente en su protegida. Así pues, Melian se llevó a la pequeña a las afueras de Avallónë y vivieron juntas en una delicada casa afincada en la costa, cosa que hizo muy feliz a Gwaeliel, porque amaba las playas lejanas y la vida sencilla, y nunca tuvo demasiados deseos por habitar en los fríos mármoles de la ciudadela.

En esa morada a la orilla del mar, Gwaeliel y Melian pasaron las horas en mutua compañía, comunicándose por escrito o con las manos, mientras la niña era instruida en diversas artes por la señora. Y, aunque nunca sería considerada agraciada o erudita entre su gente, Gwaeliel adquirió en la madurez un encanto especial con los pies, y la recordarían como una de las mejores bailarinas de la isla. Si bien, también su fama vendría de poseer una peculiar predilección por los árboles.

No vivieron solas por mucho tiempo. Porque adonde iba Melian, las bandadas de pájaros costeros empezaron a ir. Igual que notas musicales. Pues los lugareños decían que, de la misma forma que los ruiseñores de la Tierra Media, estas bestias estaban encandiladas por el embrujo de sus canciones e hicieron nidos sobre el tejado del hogar solitario. Fueran lo que fueran (blancos cisnes de cuello largo consagrados a Ossë, o gansos de alas doradas y pico rojo, gaviotas ansiosas o andarios grises de trino difuso), todos ellos buscaron su sombra y la Maia se sintió complacida al verlos.

No obstante, fue al sonido del océano lo que Melian más amó en su nueva y enlutada existencia. Porque éste procedía de las más lejanas profundidades marinas, en el núcleo del Reino de Ulmo, gobernador del movimiento de todas las aguas existentes y uno de los catorce magnos señores entre los Ainur, los llamados Valar. Y la melodía que él creaba, en la más absoluta soledad, resultaba ser enigmática y oscura. Aunque también fiera, como de extraña belleza, pues desbordaba pena y regocijo por equivalente precisión.

Sea como sea, para Melian el océano evocaba a la Ainulindalë, la Música del Único, cantada por su pueblo sagrado en el principio sin tiempo, y era algo que la reconfortaba inmensamente. Encontró cierto alivio donde quiso albergar a la miseria, si bien, nunca lo dijo a viva voz porque había elegido nutrirse en el luto. Así, la Maia vertió sus lágrimas en la mar hasta dejar los ojos secos, y permitió a la espuma o al oleaje ser los candados que atesorasen sus lamentos; entonces las grandes aguas se convirtieron en un refugio íntimo de todo aquello que no deseaba compartir.

Mas, las cosas no pueden durar sin un cambio.

En una noche sin luna, cuando su pupila y los otros moradores de la casa estuvieron dormidos, Melian se vio perturbada por un murmullo que surgía con la brisa a través de la

ventana. Y, aunque en un principio no intuyó su procedencia, creyó sentir la pesadez de los cuerpos bajo la presión del agua, o el mecer armonioso del oleaje flotando entre sus cabellos secos. A la par, pronto fueron llegándole imágenes de inquietante beldad: de arrecifes coralinos recubiertos con alga y líquen, de hondonadas silenciosas donde solamente las burbujas existían, o de animales acuáticos de perlada y escamosa piel.

Y al final, se dijo:

«Sin duda, todo esto viene de la música del Gran Señor de Ekkaia: Ulmo, el Habitante de las Profundidades. Ha debido salir de su ancho reino para trotar sobre las olas y descubrir nuevos acordes. Algo inusual, pues contadas son las ocasiones en que suele dejarse ver sobre la superficie si no es por una gran razón, como un peligro que a la paz de Arda perturbe. No voy a desaprovechar una ocasión de atisbar su imagen corpórea, aunque sea por un breve segundo. Al menos, si resultase imposible, podré recrearme con el hermoso sonido de los cuernos marinos. Nada malo hay en ello y, a pesar de su hermético carácter, el soberano se sentirá complacido de tener un oyente.»

Con esa intención, dejó la madeja en la que trabajaba para asomarse a la ventana, la cual se situaba a gran altura de la casa y mostraba ampliamente el horizonte. Y, aunque la noche dibujase sombras demasiado cerradas incluso para una visión élfica, la mujer logró ver sin luz alguna. Pues los Ainur habían conocido la inmaterial llama imperecedera y aún algo del fuego erraba en ellos.

En la más lejana línea que separa el mar del cielo, Melian creyó percibir lo que parecía una nube gris revestida de lluvia, deslizándose sobre su reflejo sin apenas tocarlo. Pero la nube menguó y dio paso a la figura de un hombre con ropajes empapados, el cual tocaba un instrumento de viento y se movía con una delicadeza amargada, casi como un palmípedo. Si bien, él paró su transitar para contemplar la costa, y sus pupilas, a pesar de la distancia, consiguieron abarcarlo todo.

Fue igual que las redes del pescador, ni el más diminuto gusano hubiera podido ocultarse: Una vez compartidas las miradas, Melian se sintió sobrecogida, casi aterrada, al comprender todo aquello que encerraba y prometía la distante figura. Y deseó entonces, tras atrancar la contraventana, cerrar fuertemente los ojos para olvidarlo. Pero pronto sintió que era demasiado tarde; pues la imagen del hombre húmedo se movía en su mente y la atravesaba, como un delfín enérgico franqueando las aguas negras. Y no frenó hasta cincelar su corazón.

Ese fue el momento en el que descubrió que estaba perdida.

A la mañana siguiente, la Maia se encerró en su alcoba y rehusó toda compañía, incluso el afecto de Gwaeliel. Y ésta, por mucho que lo intentó, no logró conmoverla ni llegar a saber la causa de su repentina desilusión.

Si bien, su enfado solamente iba dirigido hacia su persona, porque Melian reconocía las formas del deseo y de la pasión. Las descubrió hace ya mucho tiempo, cuando Elwë y ella

compartieron la oscuridad de Nan Elmoth sin mediar palabras, en un segundo extenuado que duró toda una vida. Y ahora volvía a experimentar cada una con todo su peso y desazón, igual que traidoras manifestaciones, sensaciones que había prometió no volver a sentir si no era por su esposo. Porque el mundo entero, entre el agua y las nubes, de nuevo se había detenido en lo que duró sobre ella la mirada del hombre, la cual llevaba inscrita la ofrenda del amor. Ininteligible y frío, amor solitario de abismo, pero amor al fin y al cabo.

Por ello, Melian se odió y se hizo la promesa de no olvidar el luto por su difunto marido. Así, embrujó las cercanías y cercenó todo sentimiento que pudiese poner en peligro su cometido. Como también, se dijo a si misma que él no la tendría, pasara lo que pasara. Aunque tuviera que irse al más apartado rincón de Arda, o por muy superiores que fueran los poderes de él frente a los suyos.

Porque el nuevo pretendiente no era otro que un grande entre los Valar: Ulmo, el Rey de todas las Aguas Existentes, Ainu como Melian, aunque de jerarquía más elevada. E imponerse ante su voluntad podía ser como luchar contra la corriente.

Aunque por entonces no comprendiera que ocurría, la pequeña Gwaeliel fue testigo de cada uno de los hechos que de seguido serán relatados. Tres visitas recibió Melian, cada una portando un regalo amoroso concebido en la más absoluta profundidad.

Al amanecer del primer día, la niña elfa vio que la dama estaba de pie contemplando la costa, cuando de pronto voces distantes emergieron de alguna zona intangible y desconocida. De inmediato se fueron dibujando dos formas agraciadas y perfectas sobre el mar, bailoteando en la niebla matutina como luces tras un vidrio, aunque sus risotadas bien podrían haberse confundido con los gorjeos de los patos salvajes.

El dúo de criaturas nebulosas fue acercándose a la playa hasta acariciar la arena, tomando forma más concisa. Eran espíritus Maiar, idénticos a Melian, pero trasparentes y cambiantes como el mundo que habitaban; vestidos noblemente con fina madreperla, escama y coral. Ya que no eran otros que Salmar, el de las Hábiles Manos, y Ómar, su hermano en la visión de Ilúvatar, dos de los grandes vasallos oceánicos de la raza sagrada.

Ambos quisieron saludar manteniendo el formalismo correspondiente, mas la que antaño fue Reina de Doriath se negó a un trato que no creía merecer. Delicadamente extendió los brazos hacia ellos cual ofrenda de bienvenida, porque no negaba que le resultaba placentero recibir compañía de su mismo linaje. No obstante, tomó la mano de Gwaeliel en un intento por serenar sus miedos. La muchacha temblaba cual candelilla al ser aún muy joven como para haber visto a los Ainur con sus formas originales y, aunque conocía su existencia o sabía la nobleza de su espíritu, se sentía perturbada ante una presencia más antigua que los Primeros Nacidos.

—No hay necesidad de tanta pleitesía —dijo ella, resplandeciente y conmovedora bajo la primera claridad a pesar de su apariencia élfica—. ¿No somos acaso iguales en el principio del Tiempo? Si fue así, no soy más que vosotros. Ni vosotros menos que yo... Sé muy bien por qué os habéis presentado ante mí, aunque habría deseado que fuera por otra razón y que el húmedo corazón del Aguador de Arda no se hubiera inclinado hacia mi persona. Como también debéis saber que ya he tomado una decisión que no pienso cambiar. Si bien, os dejaré hablar.

Un amago de risa parecía destilarse en los labios de los maiar marinos, mas sólo habló Salmar. Cuando vocalizaba, entre sus dientes acuosos era posible ver un remanso de diminutos peces; los cuales flotaban por el interior de la boca como si habitaran en una gruta submarina:

—Ciertamente, somos iguales. Aunque tú disfrutes vestir un cuerpo que proyecta tanto sombra como melancolía —pero aclaró al momento el significado de su insolencia—. No, no pretendía ofenderte: Soy Salmar, un Vividor del Océano entre los Ainur, mas llamado el Habilidadoso porque Aulë Talkamarda exhaló en mí su pasión por la artesanía y el yunque. Y soy famoso por otras destrezas que no siempre son estimadas; puesto que suelo decir lo que no debo, o lo que debo y nadie quiere oír. Conste que nunca hay autentica malicia en ello... Está bien, nada de formalidades si así lo deseas. Venimos portando un regalo de nuestro gobernante, el Domador de todas las Aguas. Como también una petición...

Entonces la tierra retumbó golpeada por un rayo invisible (aunque la resonancia del trueno fue audible), y millares de aves marítimas emprendieron el vuelo hacia la seguridad de sus nidos, dejando tras de sí una estela de variadas y finas plumas. Después Salmar tomó cada una y fabricó, con la ayuda de su pariente, un vestido como pocos llegarían a ser concebidos; refinadamente bordado con un hilo laminado que él mismo había hilvanado hasta lograr alcanzar la exquisitez de la brisa.

Al terminar, quedó una prenda de tan beldad que pocas lenguas ha sido capaz de describirla. Pues parecía contener todo aquello que representaban las insondables aguas: su nitidez cristalina, su salado sabor o sus ocultas algas; esa divinidad desconocida al ojo terrestre implícita en cada pliegue de la tela. Mas, aún apreciando algo demasiado parecido al interés escondiéndose tras su orgullo, Melian no deseó el regalo.

—Puede que no sea mi obra maestra, pero créeme si digo que ni la celestial Varda ha poseído jamás un traje semejante —siguió hablando Salmar, a pesar de ver en los ojos de ella una respuesta negativa—. Es pues un presente para ti, Melyanna, de parte de Ulmo: Ha quedado cautivado por tus vivencias y por aquello que representas, y te pide que abandones tu forma actual para habitar en las aguas como una Maia de la alcurnia acuática. No puede tomarte como igual, al ser él un Vala, uno de los Catorce del Oeste distinguidos por Ilúvatar. Tan amarga diferencia nunca podrá ser solventada; pero ruega que aceptes ser su compañera, ya que él te verá como su única y perfecta esposa hasta que el mundo finalice bajo la llama, la noche y el océano.

—Ya estoy casada —remarcó apresuradamente, permaneciendo fría como el mármol frente al aire de la mañana—. Sin embargo, ¿No sentís, al tener mi mismo rango, algún enojo por esta distinción de la que soy beneficiaria?

Fue Ómar quien respondió en lugar de su hermano, con su tono desgastado similar a un silbido recorriendo los altos acantilados, pero recubierto éste de una amable sinceridad.

—No mentiremos. Aunque nosotros no juzgamos la naturaleza del afecto, muchos Ainur no pensarán de igual forma en lo referente a la pretensión de Ulmo. Y señalarán algunos: «¿Qué locura es ésta?» Primero, porque existe una ley concerniente a los matrimonios élficos que afecta tanto a ti como a tu difunto marido. Y segundo, porque únicamente se ha conocido una unión entre un Vala y un Maia, y floreció corrupta en la más absoluta y terrible de las naturalezas. Estoy hablando de Melkor, el odiado opositor llamado Morgoth, que abandonó a los Reyes de Occidente para enviciar todo aquello que quiso. Y de esos espíritus decididos a consagrar su obra, hubo una nombrada Ulbandi, hermanada con la radiante Arien, que lo siguió como su concubina hasta los mismos vórtices de la perfidia, la demencia y la infecundidad...— luego, tras meditarlo, quiso añadir más— Son los trabajos del Opressor, y pecaría como un bellaco al compararlos con las acciones y proezas de mi señor, que sólo bien concibe para la Creación. No obstante, hasta el hombre más puro puede volverse mezquino al experimentar la fortaleza de un sentimiento amoroso que ni él mismo comprende. Y en esta materia oscura, señora, Ulmo es tan inhábil como un niño. No sabemos a qué atenernos.

—No siempre es así, Ómar —reveló Salmar, porque desde tiempos distantes se sentía ligado a Ulmo con los lazos de la amistad verdadera, y no por el simple vasallaje—. También la más pecadora persona puede obrar milagros gracias al cariño que siente por otro ser. Meramente Eru dicta y rige sobre el destino del amor, y a qué hombres y mujeres afectará con todas sus consecuencias sin importar la calidad, la forma, el género o el estatus —luego miró a la mujer—. Mis palabras tienen una razón: no importan las murmuraciones de los Ainur. Pero sí importa lo que tengas que decir. Ahora debes dar una contestación, Melyanna. Las horas pasan y un mensaje debe ser entregado.

—Ya conocéis mi respuesta: es “no”. Porque he dejado de entonar los acordes de las muchachas enamoradas. Soy la Viuda de Elwë Singollo. Así lo quiso Eru y seguiré esperando el regreso de mi esposo dentro de un cuerpo de elfa. —fue su sentencia recubierta de desdén.

Si bien, sosegó su orgullo. Porque ella misma sentía por su pretendiente más de lo que estaba dispuesta a reconocer. Y comprendía que no podía huir del Vala simplemente cambiando de morada. Ulmo estaba vigente en cada gota de agua, incluso en la llovizna del cielo, y sería casi cómico pretender fugarse o tomar la protección de otro altísimo Poder. Además, como Maia, intuía que no podía humillar a un superior con el rechazo sin dar por lo menos una explicación. ¿Qué mal había hecho Ulmo más que adorarla? Melian bien conocía que los designios del corazón no eran fáciles de erradicar, pues ella misma había sido presa de ellos

(posiblemente al ser estos escritos por el Dueño de la Llama Imperecedera). Ulmo no había sido ruin en ningún aspecto. Al contrario, era un noble señor de impasible actitud, pero al que el mismo Enemigo temía porque no lograba dominar en su elemento y, por eso, parecía bien digno del afecto de una Aini. Simplemente, ella no lo amaba y debía hacérselo saber:

—No quiero atormentar por más tiempo a vuestro soberano. Agradezco la atención, mas no soy capaz de corresponder a ese afecto. Decirle que abandonaré la isla pronto y volveré a la floresta de Irmo, pues soy un espíritu consagrado a su esposa. Por culpa de mi tristeza, he abandonado muchas labores que allí deben estar esperándome. Ruego el perdón de Ulmo, pero no seré su amada ni nada remotamente similar.

Entonces la niña comenzó a llorar con gemidos mudos, tras adivinar que la separación era eminente. Por muy unidas que estuvieran, Gwaeliel no deseaba habitar ningún otro lugar que no fuera Tol Eressëa.

Ahora bien, aunque Ómar dio el asunto por zanjado, su hermano Salmar quiso tener la última palabra:

—Sea lo que sea, yo siempre lo encontraré divertido. Ese es otro de mis males, tener sentido del humor —indicó, mientras se disolvía junto con la asombrosa prenda entre la bruma temprana—. Nos dices «Así lo quiso Eru». Mas ¿Cómo sabes que el Ahora no es obra suya? ¿No habrá querido el Gran Padre conducirte a los brazos del océano? Después de todo, tu propio nombre te ha ligado siempre al Amor. Da igual: No pienses que el Habitante de las Profundidades es un hombre de fácil razonar. No tiene la furia del belicoso Ossë, ni tampoco rencor o perversidad para hacerte mal intencionado; pero está tan acostumbrado a la incomunicación que no quiere expresar lo que siente, o ya rara vez acepta los consejos de otras voces. Un “No” podría ser un aliciente para él. Aun así, te deseo todo el bien que el destino te haya reservado, Melyanna. Transmitiré la respuesta e intentaré suavizar su repercusión.

Al siguiente amanecer, sobre una roca atorada en la playa, descansaba una hermosa mujer cuya piel tenía la tersura de la sobria y moteada ballena. Y bella hasta la dolencia debía ser descrita; porque ni la misma espuma gozaría de la delicadeza y exquisitez que tenían sus trenzas, embellecidas con una corona de juncos dorados y caracolas marinas. Pues ella era la paciente Uinen, la Señora de la Calma, llamada también Nénamil, Madre del Agua. Gobernaba junto a su esposo Ossë el feudo sumergido más importante de Ulmo, Belegaer o el mar occidental que aleja Aman de Endórë.

Sobre la lisa piedra estuvo esperando la llegada de Melian y Gwaeliel, tan inmóvil que parecía haberse fundido con el paisaje y las sombras tenues de la temprana alborada. No obstante ambas damas conversaron hasta que el sol anunció el mediodía: no especialmente sobre el cortejo de Ulmo, pero sí sobre otros diversos temas porque Uinen era fresca y humilde a la hora de expresarse, encontrando Melian más que grata su compañía.

—Si estoy aquí, siendo una reina de un lugar silencioso (pero no menos complejo de lo que fue Doriath), ha sido por elección propia. Nadie me lo ha ordenado, Melyanna —así habló Uinen, con la claridad del agua, cuando llegó la hora de abordar el tema—. Mas, debes saber que estoy preocupada por el desarrollo de los acontecimientos. Aunque no son las habladurías aquello que enturbia mi mente.

Pero Melian no se mostró ni altiva ni presuntuosa, ya que estaba empezando a valorar el raciocinio de la Señora de la Calma. Por ello, preguntó:

—¿Qué te inquieta entonces?

—El dolor de los corazones. Porque una aceptación puede ser tan terrible y punzante como el mismo rechazo —Uinen se inclinó hacia delante para ser mejor entendida, pero no quiso abandonar la cómoda roca en la que reposaba—. Mucho tiempo has estado lejos de nosotros, pero creo que ya conoces la historia de Finwë y Míriel, soberanos noldor. La muerte separó sus destinos, y él vivió noches de soledad porque ella había decidido no reencarnarse en otra vida, y permaneció como alma en las murallas de Mandos hasta la perpetuidad. Por ello, el altísimo Manwë dictó que un inmortal podía tener segundas nupcias, solamente si su compañero decidía romper la unión como Míriel había hecho. Así Finwë consiguió casarse de nuevo y por un tiempo se creyó feliz. Mas ahora él ha muerto, mientras que la bella Indis de los Vanyar, la segunda elegida, ha tomado el luto y espera sin ilusión que el corazón de su amado quiera recordarla para volver a su lado. Cosa que dudo, porque él siempre prefirió a Míriel sobre ella.. Hay mucho más en esta historia que no puedo relatar; simplemente debes saber que aún con la defunción, ni Finwë ni Míriel encuentran reposo. Ahora bien, tu esposo pertenece al linaje Teleri, y subsiste ligado a esa misma ley como elfo.

—No dejes que mi luto te inquiete, Uinen de los Mares Interiores. Lo acabas de expresar —declaró Melian, creyendo comprender la turbación de la otra mujer—. No viviré en oscuridad por siempre, porque guardo la esperanza de volver a ver a Thingol cuando termine su tiempo en la Estancia. La sombra de Indis y Finwë no se cierne sobre mí. Mi esposo me amó hasta el fin de sus días y sé, por ello, que la muerte no dictará nuestro último camino.

Sin embargo, Uinen guardó un largo silencio. Y su rostro se vio triste y melancólico, igual que un lago drenado sin peces en su interior. Permaneció así un tiempo, antes de decidirse hablar:

—También Finwë quería a Indis, pero no volverá junto a ella. También Míriel amaba a Finwë, pero quiso permanecer entre los muertos. También Indis adoraba a Finwë, pero él prefirió siempre el primer enlace... No des por sentado que el Amor tiene un ovillo sencillo, porque aquello que amas no siempre vuelve a ti o, cuando vuelve, ya no lo deseas. No quiero hacerte daño, si bien, es la verdad. Todo cambia.

Así fue cómo Melian empezó a distinguir la aflicción de la dama acuática, y una temible desazón inundó su alma. Ya no logró encontrar paz en aquello que nunca había puesto en duda: que su marido volvería.

Pero bien podría Thingol haberse acostumbrado a una naturaleza más sencilla y desencarnada, sin las ataduras de los cuerpos o de la existencia vana. ¿Qué le quedaría a ella, que todo lo había dado por él? ¿Llorar? ¿Mantener un luto cuando, como sagrada, estaba atada al mundo antes del nacimiento de las Horas? ¿Y si el apego no había tenido una auténtica valía? Él pareció amarla, no obstante, con el tiempo había dado más valor a la gélida belleza del Silmaril, por encima de los consejos de una esposa o la felicidad de una hija. Ahora, si Thingol volvía a la vida tras años sombríos y ella no estuviera esperando, entonces gran dolor sentiría él ante la traición. ¿Y la extraña posibilidad de amar a Ulmo, quien la adoraba, aunque fuera por un corto periodo? En ese caso no estaría siendo sincera. Pues sería ofrecer un amor y una vida a medias, como Finwë a Indis, siempre dispuesta a recuperar lo anterior y desechar lo nuevo. Por no mencionar el monstruoso ultraje para con uno de los Grandes Poderes de Arda... Sea como fuere, profundas dudas se instalaron en ella y ya no supo qué hacer o qué decir.

Entonces, entre la espuma palpando la arenisca, llegó el segundo presente: miles de perfectas perlas, casi níveas porque chispeaba en su interior un fogonazo cerúleo y platino de primigenia naturaleza. Pues las nacaradas creaciones de las ostras existieron mucho antes que los elfos comenzasen a confeccionar joyas, y se dice que de ellas encontraron la inspiración. Eso sí, Melian las reconoció al momento: habían sido las lágrimas que volcó en la playa para aliviar su pesar, ahora trasmutadas en una preciosidad perdurable al paso de las estaciones por las artes de Rey del Mar. Esta vez Melian, cuyo corazón no estaba dispuesta a ceder, se sintió conmovida y tentada por una muestra amorosa tan misteriosa y profunda como era el propio Ulmo. Pero, aun así, la rechazó:

—No, los lazos que nos unieron no serán rotos. Si bien yo no pueda morir, antes iría al encuentro de mi esposo. Con tal de permanecer a su lado, serviría en las estancias de Vairë o de Námó como Maia consagrada a sus obras, aunque me duela la penumbra que allí se encierra.

—Entonces el corazón que sangrará será el de mi señor, pero mejor ahora que después —decretó Uinen, sin hacer acopio de insistir. Mas luego añadió—: nunca le he visto desear algo que no perteneciera a su reino. Nunca.

Luego se sumergió con la gracia de un cetáceo y emprendió el regreso a su hogar sumergido, saltando entre olas verdosas y tenues bañadas por la luz de un día demasiado claro.

—Pero te desea, sin duda, exactamente por lo que personificas —fueron sus últimas palabras, hasta quedar el eco desvanecido en la distancia—. Tan ajena a nosotros como son los árboles, los cerros o la leche de cabra. Y sólo puedo rogar porque ambos lleguéis al entendimiento. Una parte de mí entiende tu decisión, Melyanna. En nuestros orígenes, igual que tú, mi espíritu decidió adoptar el rol de la mujer. Por eso comprendo que no puedas olvidar a tu

antiguo amor; tan extraordinario como para mudar cada fibra de la esencia y hacer que un ser, nacido sin cuerpo, soñara con tenerlo, o se anclara a los huesos y a los músculos, o a la sangre de las venas. Mas, a pesar de todo, otra parte de mí hubiera querido una diferente decisión, porque yo conozco a mi señor, y me entristece su aislamiento. Entre nosotros serías feliz, Melyanna. Pero no puedo decir por cuánto tiempo, puesto que tarde o temprano Elwë volverá a tu vida, lo sigas amando o no.

Al tercer día, el sol ya no brilló. Obscurecidos nubarrones se fueron asentando en el cielo y anunciaron una tormenta terrible a punto de descargar. A su vez, las olas rompían violentas contra la costa, como si pretendieran castigar a la tierra con su furia. Por ello, Gwaeliel se guareció en su habitación dejando entreabierta la ventana, y así dio fe del suceso.

Ante el viento la dama no se movió por muy mojada que su capa estuviera, al no sentir el frío de la misma manera que una Hija de Eru. Por tanto, esperó dispuesta para rechazar ese tercer regalo.

Entonces el enorme rostro de Ossë se dibujó en las aguas y, allí donde apareció, de seguido fue emergiendo una cabeza de semblante adusto, de solidificas cejas revestidas con moluscos y piedras. Un gran miedo podría haber provocado su sola visión; no obstante no fue así, ya que sus ojos no eran malignos y relumbraban en la tormenta como dos grandes lunas llenas de pálida belleza. Así es el Rey de Belegaer, ambivalente cual traicionera marea. Si bien una vez fue seducido por la labia de Melkor, logró arrepentirse a tiempo y retornó al recto camino gracias al amor que sentía por Uinen y por los Teleri.

Ahora bien, antes de eclipsarse entre nubes y truenos, Ossë vomitó un millar de descompuestos y siniestrados navíos, volviendo de la tumba submarina para ser mecidos por la furiosa ventisca. Esas maltrechas apariciones de madera acabaron amontonándose en torno a la línea costera, como si fueran ingentes y horribles raspas de pescado, o las huevas desecadas de un monstruo desconocido.

Esta vez el tercer visitante no habló con Melian, mas Gwaeliel creyó intuir la razón. Había algo grabado en la furor del oleaje: desgana y resentimiento, igual que si estuviera actuando contra su voluntad por causa de una orden superior. Y bien podía ser eso, pues ya Ómar lo dijo: No todos los Sagrados aceptarían que un Vala y un Maia se unieran por los lazos del Amor.

Sin embargo, cuando la quietud domó al líquido elemento, los elfos de Tol Eressëa inspeccionaron los restos de los naufragios encallados ahora sobre la playa y pudieron comprobar maravillados como muchos de los tesoros de su raza (los cuales se tenían por perdidos a causa de la furia de Ossë) estaban de nuevo con ellos bajo la sutil capa del liquen.

Los Quendi estarían felices, mas no Melian, quien no cambió de padecer con respeto a su decisión y se negó a ver ni la más extraordinaria de las alhajas recobradas.

Y ésta fue la gota que colmó la paciencia de Ulmo.

Tras una lluvia que duró toda la noche, la niebla cubrió la costa y aparecieron tres bestias abisales de grandes dimensiones, con una dorada e irreal luminiscencia sobre el lomo, igual que si estuviesen envueltos en las hojas de Laurelin. Eran los tres peces de Ulmo, a veces los anunciadores de su presencia, brillando en la oscuridad porque la luz terrestre no palpa el fondo marino. Y al verlos, Melian abandonó su morada y se dirigió a la cima de los acantilados para esperar la aparición del Aguador. Pero cuando Gwaeliel hizo gesto de querer seguirla, la embrujó con un leve sueño, teniendo presente que pocos jóvenes Eruhíni soportan la visión de los Poderes sin que su corazón envejezca de miedo. Y lo que ahora cuento brota de otras fuentes.

Entonces, aunque la marejada estuviese tranquila, una solitaria y encrestada ola de terrible envergadura y amenazante porte para con la tierra se formó mar adentro, muy adentro. Pero al alcanzar el saliente donde Melian pisaba, la cresta menguó considerablemente y fue tornándose humana hasta asemejarse a un caballero fraguado en sal, nostalgia y fluido. Una imagen similar al espléndido rey ante el cual Tuor se arrodilló en la costa de Nevrast.

No era ni viejo ni joven, viéndose demasiado alto para disfrazarse como un Hijo de Eru, dentro de esa insólita y temible envoltura sin poder para contenerlo. Sus cabellos rebosaban, se percibían ligeros con la textura del agua, y su barba flotaba como una nube ocultando la luna invernal. No obstante, su mirada recóndita parecía extraña y demasiado penetrante, pues los ojos eran de pez y carecían de parpados; y el níveo rostro, de hombre que rara vez divisa el sol, relumbraba nacarado cuando la madrugada exorcizaba las sombras de la noche. Mas, a pesar de esa rara apariencia, vestía con orgullo los bellos ropajes de su feudo, portando hábitos o camisas de alga y bruma, una asombrosa corona argentina con la forma de las alas de un cisne, y un revestimiento endurecido de enormes y incandescentes escamas de pescado.

Pero allí, colgados del cinto, estaban los hermosos cuernos marinos forjados por Salmar, los Ulumúri, con los que el soberano daba disonancia al océano, y nunca otro instrumento podría eclipsarlos en grandeza y poder. Eran pues el mayor distintivo de su imagen sobre Arda.

Al momento, Ulmo habló con la voz del abismo y los pájaros ya no volaron. Y la playa contuvo el aliento:

—El Vala del Mar ha salido de su concha submarina y camina para ti, Melyanna, adorada por los ruisseños. ¿Estás ahora satisfecha? Por largo tiempo anidé tu imagen en mi alma y, llegado el momento, he tratado de cortejarte como mejor he creído. Pero, por lo visto, mis regalos han sido despreciados y ninguna de mis acciones resulta valiosa para tus ojos. Ahora estoy aquí, si bien no debes temer mi ira. Soy un igual aunque nuestra jerarquía sea distinta. He venido a decirte aquello que tanto te complace negar, Maia: que te amo como hombre y deseo tenerte en mi reino.

Muchos espíritus se hubieran estremecido por el fulgor de las palabras, pero no Melian, que fue grande entre los Maiar y reina entre los Quendi, y temida contrincante para las artes oscuras del Enemigo. Por tanto, se mantuvo esbelta cual árbol frente a la impasible helada. Pero Ulmo la amaba, y dulcificó la expresión de su rostro al observarla hermosa ante él. Y el agua que lo formaba fue emanando calidez y vapor.

—Mi intención no fue insultaros al no aceptar vuestros presentes, Domador del Océano —dijo ella seguidamente—. Sirvo y venero a todos los Reyes del Oeste, pero estáis pidiéndome un imposible. Soy la viuda de un rey elfo de Beleriand, Thingol Mantogris, ya que nuestras manos se unieron entre la bruma de Nan Elmoth y allí nos prometimos fidelidad con el Crepúsculo como testigo. Y esa promesa traspasa la muerte, pues la raza de los Primeros Nacidos no abandona el mundo al fallecer.

—Así dicta la ley de Manwë, ciertamente —interrumpió Ulmo—. Pero eres Aini, y el destino que sigues fue concebido en diferente hora y para diferente pueblo. Eres más antigua que aquellos dormidos en Cuiviénen, y eso te aparta de la sombra de Thingol.

—No, elegí la carne y el amor bajo una apariencia élfica, y ahora mi naturaleza me ata a su final. Y así quiero permanecer, porque aún siento el amor de él a pesar de la distancia.

—Mas yo también te amo, Melyanna. Si bien, mi afecto no tiene la sencillez y la gentileza del de un Primer Nacido —dictó Ulmo como si jurase, alargando el brazo ante ella. Y la túnica que portaba, cayendo como una cascada, estuvo a punto de palpar la piel de la Maia. Pero ella se echó hacia atrás agitada, igual que si él hubiera intentado retenerla en una red—. ¿No es obvio? ¿Tengo que definirlo y ponerle límites para que sea de tu agrado? Algo has obrado en mí, espíritu terrestre. Yo he cambiado, aunque cambie de envoltura como si variase de jubón. Pero ésta vez es diferente, y desconocida la sensación. Percibo una emoción similar a zozobrar en costas inusitadas, a la idea de tocar arenisca ignota o a pasear por islas que hombre alguno ha visto. Sin embargo, dura poco, y una enorme tristeza vacía mi interior, como cuando se deja secar un pez vivo al sol. Creo volverme igual que un desierto salado esperando por la llegada del monzón. Un monzón que eres tú, criatura. Porque si estuve seco en un segundo, en otro me siento desbordado e inmenso, dispuesto a contener todo aquello que forma Arda.

Entonces Melian se asustó, e intuyó que el afecto por ella era más fuerte de lo imaginado y además venía de lejos. Así que preguntó:

—Pero, ¿cuándo comenzasteis a amarme sin que yo, con mis dones, me percatara?

—En la Tierra Media ya te amé, pero no antes que a Elwë te unieras. Y no habría podido hacerlo en tu juventud Ainu, en Valinor, pues fue en la madurez de tu cambio donde yo caí preso. Siendo lluvia te encontré en Doriath, y te vi distinta y extraña, corpórea, proyectando una sombra tan espesa como la de los árboles que te rodeaban. Pero no juzgué que te amaba hasta no verte lastimada y feliz, tras traer una niña al mundo. Me dije entonces: «Este espíritu y no otro. Venga de los cerros o del polvo, de las alturas o de las llamas. Solamente a este espíritu

yo podría amar, o tendría sentido que yo amase, porque soy Ulmo, y cambio por momentos igual que el agua cambia su estado. Y ella es tornadiza cual luna menguante y marea, y se vuelve luz o músculo a través del amor. Y del dolor de su vientre brota vida y llanto, envueltos en agua salada, como del mar primigenio se destila la existencia, el eco distante y la soledad.»

Pero, aunque expresara amor, el Vala no había sido concebido para dicha materia, y sus palabras no tenían el suave arrullo del amante. Seguía viéndose ajeno e indefinido, cual bestia fría del abismo, o como las goteras recorriendo las grietas de los acantilados.

—Ahora, pertenecías a Elwë Singollo. Lo amabas y cortejarte era un sin sentido. Así, que desterré la idea de mi mente y, aunque por mucho tiempo te deseé, permanecí en silencio y lejano. También me mantuve distante tras tu regreso a Aman, porque la viudez no dura para la mujer de un elfo ligado al destino de Æa. Pero hoy quiero todo lo que poseen los otros hombres, sean imperecederos, sagrados o efímeros; si bien, yo no fui creado hombre, ni tú mujer. Estoy cansado. Estoy cansado del continuo silencio, de habitar en una tumba submarina o de vivir de nostalgia y recuerdo. Estoy cansado de dar perlas al mundo y no poder retener ninguna para mí —dijo, y con sus manos, asió el talle de Melian para buscar un centelleo escondido tras el iris—. Ven a Ulmonan, mi morada, más allá de los confines trazados; y crea conmigo una música perfecta y profunda que solamente nosotros podremos valorar en su verdadera esencia. No hay rey a tu lado.

Pero la Maia se liberó del abrazo y empezó a deslizarse por el sendero del acantilado, aún vibrando como una hoja con cada pisada (sin saber si temblaba de miedo o por el propio deseo negado). Mas Ulmo la siguió bajo la forma de un nubarrón domado.

—No sabéis que decís —remarcó ella—. Yo no puedo gobernar a vuestro lado, no tengo poder equiparable al de las siete reinas Valier. No soy Yavanna, ni soy Varda.

—Yo no quiero a ninguna de las dos. Quiero lo que tengo delante, Melyanna. Pretendo a la Maia que amamantó un bebé de carne, y a la Reina Élfica conocedora de la Ainulindalë. Las aguas se gobiernan en soledad. Y seguirán gobernadas de tal manera, seas mía o no. No puedo ofrecerte ser mi reina e igual, pero sí puedo convertirte en mi esposa.

Entonces él volvió a tener forma definida, tras rodearla e impedir su descenso.

—Contéplame y no huyas —habló de nuevo—. Soy Ulmo, el Aguador de Arda y Regidor de Ekkaia. Habito en Ulmonan, conduzco las Venas de la Tierra y doy Sonido al Mundo. Néntur o Nénanan me han llamado, Señor y Caudillo del Agua. Pero Tuor hijo de Huor,

a cuyo corazón di fuerzas y versatilidad, me citó Ylmir en los relatos dirigidos a su hijo. Si bien, nunca he sido llamado esposo o amado. ¿Por qué pones en duda mi afecto?

Y se irguió majestuoso y horrible, idéntico a una cúspide de espuma envuelta por la tormenta, o similar a un iceberg encallado. Pero también se vio hermoso y misterioso a su manera, ya que el corazón de Melian bajó la guardia y recordó los sentimientos dormidos. Pues el Amor posee el don de provocar que sólo importe el Momento por encima de la vida restante. Y sin ser consciente, sus temblorosos dedos la traicionaron e intentaron rozar el peto escamoso de Ulmo, quien se adueñó de la mano y ya no la soltó.

—Soy solitario e insociable, difícil de aplacar... Y si eres mía, llegaran días en los que buscaré el aislamiento, sea en la más lejana profundidad o en un perdido océano aún sin nombrar. No porque haya dejado de amarte, simplemente porque está en mi naturaleza. A pesar de todo, no existiría la tristeza y el abandono para ti, pues mi dominio es grande y muchos poderosos Maiar viven en él. Y pronto volvería en pos de tu calor, como la marea sube y toca la cálida playa. No desprecies aquello que el Único trazó para nosotros. El Amor que sentimos es un regalo hermoso que muy pocos afortunados encuentran a lo largo de su existencia.

Mas, ella relampagueó de pronto, igual que si un sudario hubiera caído y despejado sus ojos. Y dijo:

—Estáis equivocado: Yo no os amo, mi señor. Ni pretendo hacerlo. Si os hice pensar lo contrario, ahora sin duda lo lamento y ruego por que podáis perdonarme.

—O bien, aún tu mente no ha concebido la idea. Pero sé que me deseáis. Noches atrás, nuestros ojos se encontraron y vislumbré que mi imagen no resultaba indiferente a tu corazón — fue la respuesta de Ulmo, mientras el ángulo de su rostro adquiría una comprometida seriedad—. Eres poderosa, mi muy amada, tanto como los grandes de tu linaje, como Ilmarë de la saeta pulida, el heraldo blanco de Manwë o el temible lugarteniente de Melkor. No niegues aquello que ocurrió entre el cielo y las nubes, ni te mientas a ti misma. Puesto que hoy sabes que el mayor sufrimiento de Arda brotó de la negación y del engaño.

—No debéis confundir al Deseo y al Amor. El Deseo es cómodo y fútil, pero el Amor se sostiene por pilares casi irrompibles y raramente se percibe en su totalidad —entonces Melian sintió frío, y comenzó a florecer la necesidad de aceptar la verdad. Pero también sintió angustia, miedo y orgullo al creer que con ello traicionaba a Thingol. Y su amor por él fue más fuerte y no obró con nobleza, pues la viudez hacía mella y ya no se sentía digna de aquella doncella de Nan Elmoth perdida en su memoria—. Aun así, no os deseo ni os amo, señor. Ni entonces ni ahora. Iros y olvidarme, existen distinguidas mujeres ainur que merecen más consideración de la que disfruta la Reina de Doriath. Pronto retornaré al bosque de los sueños y del descanso.

Al oír la hablar, el Rey del Mar se enfureció, porque en estas palabras vio la falsedad que tanto despreciaba en el Enemigo; y creyó entrever apatía y desprecio en Melian, aunque no fuera así. Pues incluso los Valar tienen un orgullo que puede ser herido.

—No voy donde no soy invitado, Melyanna —dijo Ulmo—. Vivo en penumbra, pero no estoy ciego. Todavía veo, reflejado en la temblorosa sombra que te sigue, algo análogo a mi deseo por ti. Nunca he deseado a una mujer que no fuera Melyanna, la Maia de Lórien. Y nada en este mundo me ha deseado a mí como hombre. Me han rezado, me han odiado, me han robado, me han temido y me han contemplado en la distancia. Mas, nunca nadie, hasta esa noche, había posado los ojos en mi efigie y logrado que toda la existencia parezca carente de sentido. Tuya es esa obra. Rechaza ser mi compañera si tanto lo deseas; pero no refutes aquello que divisé y cambié al océano. No te atrevas a mentir ante uno de los Poderes de Arda.

Mas Melian se negó a ver o aceptar aquello que sentía. Tanto por afectación como por devoción a su marido perdido. Entonces la furia anidó en el interior del Vala; y una llama verde, provocada por los celos, serpenteó por su inmaterial pecho igual que un dragón, hasta que los sentimientos verdaderos fueron olvidados. Por eso, dijo palabras terribles con la intención de hacer daño, y su efigie inmortal se tornó más humana:

—Entonces, espera. Deja que las edades desfilen y los ríos se sequen, mientras te mantienes fiel a Elwë Thingol, un bello y orgulloso señor delicado como una caracola que todopoderoso se creyó al tener por amante a una Aini.

—Iros, señor, y cuidado —hizo su advertencia la Maia, tras intuir lo que se avecinaba—. Porque lo que ahora diréis, os pesará en el alma. Pues procederá de un envenenado pozo interno que no es vuestro.

Pero Ulmo no prestaba oídos a razones tras dar refugio a una primeriza envidia que rara vez volvería a experimentar.

—Dime, Melyanna, ¿atendió alguna vez tus ruegos cuando la perdición llamaba a la puerta de vuestra morada? Al fin veo lo que deseas: un marido que impone una prueba imposible a un mortal valeroso con la esperanza de verlo caer. Un marido que alto precio da por la ilusión de su hija, a la que luego negará el albedrío para encerrarla en una profunda cárcel de oro. Un marido que realmente no vela por la seguridad de sus protegidos. Un marido cuyo último pensamiento será para la hermosa y perdurable piedra de Fëanor. Espera pues, a ese sublime cónyuge que tanto valoras; y niégame a mí. Ahora, si tanto le amas, ¿por qué no has seguido una parecida estrella a la de Lúthien? ¿Por qué no has ido aún hacia la indiferente soledad de Mandos para encontrarte con Thingol? Yo conozco las respuestas. No obstante, ¿cuánto tiempo llevas rumiando en tu pena?

—Ya no pienso escucharos. En estos tiempos, demasiado pernicioso resulta ser la lengua de un Rey de Occidente, o yo tengo mala memoria. No quiero palabras que pongan en duda el

apego de Thingol hacía mí. A pesar de sus errores pasado, él retornará de los parajes sobrios y la muerte quedará olvidada —sentenció Melian cuando la furia también la alcanzó, guiada por el resentimiento que nace de una tristeza no superada y de oír juicios horribles envueltos en cierta verdad.

Pues, a diferencia de su hija Lúthien, Melian era un espíritu engendrado en el pensamiento inicial del Único, y no una verdadera mujer de carne bendecida con sus dones. El terror de seguir a Thingol en la Muerte, aunque pudiera ser pasajera, resultaba demasiado áspero y doloroso, al ser más pesadas las cadenas que a la Creación la inmovilizaban. Aún sentía que debía permanecer sobre Arda ya que, llegado el momento, sería necesaria su presencia. Pero igual que Ulmo, quiso hacer sufrir como ella sufría, olvidando en su orgullo la obediencia y el respeto que todos los Maiar deben a los Valar:

—Decís que me amáis, pero daño me hacéis. ¿Medís el valor de vuestro amor con bagatelas? ¿Pretendíais comprarme con vestidos, perlas y tesoros perdidos? ¿A mí, qué soy antigua y conozco los Palacios Intemporales? Sin duda, desconocéis la materia del afecto o la fuerza que lo nutre; sobretodo si creísteis que, con tales actos, yo hubiera caído rendida a vuestros húmedos pies. Ir a buscar su significado en otra parte y dejarme con mi luto.

—Me escucharás, porque ésta es la verdad, la Ley de Finwë y Míriel. Manwë dictó cómo los inmortales amantes, separados por la muerte temporal, pueden encontrarse en nueva vida tras caminar la senda de los muertos. Pero también dictó que, tras cumplir la sentencia de Námó, el matrimonio inmortal podía ser disuelto si uno de los cónyuges decidía permanecer y rechazar la reencarnación. Diez años es el plazo para tomar esta decisión: ¿Cuántos años han pasado desde que él abandonó la vida? —pero Melian no contestó a la pregunta y, al darse la vuelta para mirar hacia las montañas y al oeste, comenzó a llorar en silencio. Entonces Ulmo se arrepintió de la furia expresada y suavizó su tono, denso como niebla. Luego bordeó la espalda de la mujer sin tocarla, en un intento etéreo por sellar una caricia que no logró materializar. Aun así, terminó aquello que quería decir— ¿Por qué crees que, después de mantenerme lejos, hoy voy buscando una esperanza tras tu huella? Mucho más de diez años han transcurrido, aunque no puedas percibirlo sobre un continente bendecido: Tu bisnieta ya es madre en la Tierra Media, amada mía, y Elwë no ha vuelto a ti.

Y, con esa sentencia clavándose en su pecho, Melian gritó desesperada, igual que si la tierra estuviera devorándola entre pétreas fauces. Luego, su voz enmudeció. Fue abandonando el acantilado con paso decidido, llevando un destello de hierro oprimiendo en su mirada a la vez que bajaba por los peldaños. Y no se giró de nuevo, a pesar de oír pronunciar tanto su nombre como un algo similar a un ruego.

Así, ella dio la espalda al océano, y cerró la puerta de su hogar con la intención de no volver a abrirla.

En aquel momento, Ulmo sintió que todas sus venas oníricas se secaban y deseó obrar dolor. Aún era inmaduro en lo que respecta a la violencia del afecto no correspondido. Pensó, por un instante sombrío, en arrancar de Melian la imagen de Thingol con la furia de un maremoto, hasta borrarlo de su memoria y hacer de ella un reflejo de la Maia que fue. O bien podía viajar a las estancias de Mandos y sobornar al frío juez, para así secuestrar el alma del elfo y lanzarla al Vacío de la Creación, donde no hay nada, ni siquiera luz u oscuridad. Mas ese instante fue un soplo, y él no obró ni una sola de las ideas que su cegada mente concibió en lo que dura la presunción herida.

Nada de lo dicho o pensado era un sentimiento legítimo, porque su corazón era noble y amable (aunque raramente lo demostrara tras su insociable actitud) y por ello, no tenía intención alguna de dañar a la Maia y aún menos al marido fallecido. Una profunda tristeza le embargó seguidamente, al intuir que su visita había obrado más mal que bien. Pues de forma genuina Ulmo amaba a Melian, y antes prefería alejarse a verla sufrir. De igual modo, muchos Ainur le reprocharían su pésimo comportamiento ante una Sagrada que, aunque fuera inferior en dones, merecía consideración y respeto en su decisión por permanecer viuda. Así, decidió permitir que hubiera entre ellos una separación, por lo menos momentánea, hasta que ella pudiera perdonar y él encontrarse una manera apropiada para cortejarla.

Con esa expectación se convirtió en nube y abandonó la playa, deslizándose tierra dentro hasta llegar al centro mismo de la isla, una zona casi despoblada, ya que tanto elfos como animales no habían encontrado buenos motivos para anidar allí. Entonces, sobre el montículo donde el Vala decidió posar los pies, un pequeño dedal de agua se fue formando hasta alcanzar la apariencia de un riachuelo de agua cristalina y pura, el cual alimentó a la tierra hambrienta de minerales y sustancia. Después Ulmo elevó sus brazos al cielo e invocó la ayuda de los otros Grandes Poderes, pues el trabajo que quería realizar no podía obrarlo solo. A modo de respuesta llegó una brisa dinámica que transportaba miles de diminutas semillas y frutos. Eran regalos del elevado Manwë Súlimo, Señor del Viento, y de la hermosa Kementári, la que todos conocen por el nombre de Yavanna. Entonces el Vala Marino plantó cada una de las simientes con paciencia, esperando que, con el paso de los años, un sublime bosque floreciera como monumento mortuorio en honor al antiguo rey Thingol. Con ello, tal vez Melyanna se sintiera aliviada, y comprendiera que él no obraría mal alguno en lo referente a su matrimonio inmortal con el elfo.

Pero Ulmo no hizo nada más. Dejó las semillas en manos de la providencia puesto que tenía trabajos pendientes. Desde hace siglos y casi en silencio, su mente forjó la idea de poner fin al Mal del Este, y muchos planes debían ser dispuestos antes de dar prioridad al amor.

La fortuna fue buena a pesar de todo. Espléndidos árboles se desarrollarían sobre esas colinas: álamos de armoniosas sombras veraniegas, diversos tejos orlados por la luz lunar, y nogales de bello tronco y distinguida copa, pero principalmente los más magníficos olmos de Aman. Olmos cuyas altas ramas cantaban al compás del mar, conocedores del hechizo frío de la

costa y la tristeza de las tormentas, con serradas hojas color verde platino más suaves que plumón. Muchas aves, de variada especie, se instalarían en esa floresta tras abandonar las playas, y otras bestias terrestres obrarían de igual modo, hasta que ya nadie podría imaginar que fue una yerma extensión en su pasado.

Aunque, mucho antes de que ocurriera lo narrado, llegó allí la muda Gwaeliel que, gracias al tiempo que vivió con la Maia, amaba las plantas y los cultivos. Y rápidamente quedó encandilada al imaginar la belleza sin florecer. Así que tomó como suya la tarea de velar por los brotes recién nacidos, los cuales crecían vigorosos gracias al riachuelo surgido bajo los pies de Ulmo. Más adelante, cuando ya era mujer, fue desposada por el elfo noldo Tulkastor (a pesar de la gran diferencia en edad que los separaba) y, con el apoyo de los suyos, construyeron una bella localidad con una torre esplendida a semejanza de la blanca Tirion de Eldamar. Esta región, bautizada “La Tierra de los Olmos” o Alalminorë, se convertiría en el corazón de Tol Eressëa y, más tarde, quedaría registrada en el mito como un enigmático lugar que los mortales podían visitar en lo que dura su sueño reparador. Pero aquí ya nada más se dice.

Melian fue fiel a su palabra y abandonó la isla, manteniéndose alejada de las aguas tanto como fuera posible. Al estar llena de dudas y pesar, se dirigió al reino del Destino y la Defunción, la temible fortificación donde residían Námo y Vairë, Señores del Más Allá, con la intención de hallar alguna noticia de su esposo. Allí, descubrió que Ulmo no conocía toda la verdad en relación a la Ley de Finwë y Míriel: El Dictamen de Destino no había acabado para Elwë Singollo, y aún debía pasar mucho tiempo de espera antes de tomar la decisión de reencarnarse o permanecer. Quiso Melian quedarse en Mandos, pero la tejedora Vairë sintió que aquél lugar no era para la Maia. Por eso, le aconsejó que retornarse a los jardines de Irmo, donde podría esperar pacientemente mientras sanaba su alma. Pero si los amantes se encontraron bajo el negro techo y los fríos muros de las Estancias Finales, es algo que nadie cuenta.

Obró en consecuencia y, tras volver a ver las adormideras de Lorellin, Melian sintió cierto alivio por un tiempo, pues casi fue como si el poder perdido retornase a ella. Mas, aún obrando labores en honor a los Valar del Sueño y la Curación, no abandonó las atadoras de la carne y siguió aparentando ser una elfa.

No obstante, de nuevo la tristeza quiso anidar en su interior porque, al reaparecer sus dones divinos, comenzó también a intuir o a tener visiones sobre ciertos acontecimientos de la Tierra Media. Éstas eran imágenes horribles e inquietantes, provocadas por la maldad de Melkor y su lugarteniente, y por la desencadenada locura surgida del Silmaril recuperado. Y así vio que sus nietos y bisnietos estaban viviendo días funestos, de muerte y contrariedad, porque la terrible sombra se volcaba desmesurada sobre la casa de Lúthien y Beren, desaparecidos ambos

hace ya tiempo de Arda. Era igual que si todos los suyos estuvieran destinados a ser devorados por el vacío hasta no quedar ninguno.

—Volví a Valinor cuando aún había Esperanza. Aún creía que el destino de los Hijos de Eru no sería medido por las garras del Enemigo, porque existían héroes para desafiarlo y él se había vuelto débil y cobarde, un señor de las mentiras encerrado en la morada de su vergüenza —de este modo habló Melian, cuando sus señores la encontraron tan lánguida y desconsolada como una sombra de invierno—. Me equivoque, me equivoque demasiado: los Reyes caen, los héroes van muriendo; pero él es eterno y permanece cual roca contra el viento, junto a sus pérfidos injertos y gusanos de Angband. Ahora, mis bisnietos se desvanecen y son olvidados en un mundo que se vuelve denso y helado como la penumbra. Debí permanecer junto a ellos aunque no fuese mi destino. Aunque yo ya no tuviese ningún poder para protegerlos. Por lo menos, los vería morir entre mis brazos y no en la impasible lejanía de una visión.

No mucho tiempo después Melian soñó con la hermosa Elwing, la hija de su nieto, en ese momento esposa del desaparecido marinero Eärendil y madre de Elros y Elrond. La vio como un espejismo entre los acantilados, gritando el nombre de sus hijos robados y protegiendo con su vida aquello que aún era suyo, el Silmaril que una vez coronó la frente fiera de Morgoth. Y con la joya ataviando su pecho, finalmente se arrojó al mar en un intento por huir de sus enemigos.

Entonces Melian abrió los parpados, rebosados de lágrimas, y deseó morir junto a su linaje. Si bien, una nueva visión se instaló veloz en su mente, mostrándole otro suceso tan real como el anterior:

Vio a Elwing lidiar contra las corrientes, hasta que la marea la devoró y no quedó rastro. Pero pronto las aguas se apartaron y dos gigantescas manos surgieron, cerradas una frente a la otra, igual que si resguardaran algo en el interior de las palmas. Y así fue, pues las manos se abrieron con suavidad y un pájaro marino voló libre hacia el azul horizonte. Tras esto, Melian comprendió que Ulmo había salvado a Elwing de morir ahogada y que pensaba protegerla hasta que se reuniera con su marido, cuyo navío vagaba perdido en el océano.

A partir de entonces, el corazón de la Maia cambió y, aunque no estuviera dispuesta al amor, empezó a sentir mucho más que respeto por el soberano marino, y deseó poder agradecer el bien obrado para con su familia. Por ello, bailó en honor del Aguador de Arda una canción compuesta sobre la marcha, bordeando la orilla del lago Lorellin para que las notas transitaran a través de las aguas. Sus pies eran los pies de Lúthien, y se deslizaron veloces y hermosos por la alta hierba, casi aparentando que jamás había abandonado Aman en tiempo pasado.

Y tras la melodía ya no hubo rencor para el mar.

Lo que ella y muchos otros no sabían es que existía una poderosa razón para los actos de Ulmo, más importante que el amor: Su intención era guiar a Eärendil y a Elwing hasta las

Tierras Imperecederas, para que ellos intercedieran ante los Ainur en nombre de todas las razas que habitaban la Tierra Media, pues ambos tenían sangre mortal. Él era hijo del humano Tuor y de la noldo Idril, y ella provenía del linaje de Beren el manco.

Pasados muchos desafíos (y aún temiendo la ira de los Reyes de Occidente) la tripulación desembarcó, pero solamente Eärendil fue conducido hasta las antecámaras de Valimar, llevando en su frente la brillante joya fëanoriana. Y, tras su petición de clemencia ante la osadía de cruzar Belegaer, regresó a por Elwing y a por sus hombres, siendo todos perdonados y acogidos.

Tiempo después se congregaron todos los Sagrados, y algunos elfos, para dialogar sobre el peligro del Este y cómo se debía obrar. Y Ulmo, que rara vez habla o pisa la tierra, fue quien más debatió apasionadamente a favor de una guerra. Pero no una batalla donde únicamente participasen los Eruhíni, sino que propuso una ofensiva definitiva con la contribución de Valar y Maiar a ella.

Fueron muchos los que mostraron apoyo, como Tulkas el osado o el cazador Oromë, ambos defensores ardientes de la vida en la Tierra Media. Y también los maiar Salmar y Ossë hablaron a favor, uno movido por apego y el otro por su conocimiento de primera mano de la tentación y el daño del Opressor.

Entonces se descubrió que Ulmo nunca había abandonado la esperanza por derrotar al Enemigo, ni la intención de liberar a los pueblos olvidados más allá del mar. Pues el Señor de las Profundidades estaba en cada gota de agua, fuera en los lagos, arroyos o en el rocío, y por ello había escuchado el sufrimiento de los Eruhíni. Ya fuera apoyando a valientes héroes con sueños y visiones, o bien tejiendo los senderos de aquellos elegidos para grandes hazañas, Ulmo intercedió en el devenir de los acontecimientos tanto como había hecho el ladino Morgoth, porque jamás deseó desterrar de su alma ni a los Elfos ni a los Hombres.

Pero alguien, que no quiso revelar su rostro por miedo, habló ladinamente en voz alta:

—Sabio parece su diálogo, mas ¿El Rey del Mar puede ser sincero cuando ambiciona los favores de una enlutada dama?

Hubo murmullos tras el dominio del silencio. Mas, Ulmo se mantuvo erguido y digno, igual que el rey que era, sin caer en la tentación de la fútil furia:

—La arena, el marino azul y el crepúsculo son testigo de que hoy amo a un espíritu ainu —dijo—. Salvé a Elwing porque hondos son los lazos que me unen a Eärendil, al ser éste hijo de Tuor, mi elegido. Pero también lo hice por Melyanna porque, de todas las cosas existentes y perpetuas, ella florece como llama dentro de las sombras de mi abismo. No negaré jamás ni una sola de mis palabras, ni ante el fin de Arda o la negrura del Vacío. Aunque no pueda amarme. Mas, lo que tenga que ser o venir, únicamente a nosotros nos concierne.

Y de nuevo, la cáscara de su cuerpo pareció demasiado pequeña y frívola, demasiado para poder contener a su verdadera naturaleza. Pues se veía vasto y grande, y fluía su

extraordinario don a través de él, emanando de su extraño porte bajo la forma de olas incorpóreas y eufonía distante:

—Hoy he venido a recordaros que Melkor no es el Amo de la Tierra Media, ni tampoco Dueño de los Hombres o de los Elfos. Mientras Eru Ilúvatar y la Llama Imperecedera perduren, lo robado no podrá ser suyo. Un gran miedo veo en el ánimo de los Sagrados, quienes parecen creer que los Eruhíni son débiles y cómodos para domar en manos del Opressor. Y pregunto, ¿Por qué queréis concebir tal terrible idea? He contemplado a los dos linajes por largo tiempo y, aún estando heridos por el mal, sigo viendo inscrita la huella perenne para su libertad. Son Agua y Sangre. Y yo soy Agua y Sangre, ya que todos los ríos existentes dan forma a las Venas de la Tierra y terminan en un único océano. Los Eruhíni son como estos ríos, buscando regresar a donde ya pocos recuerdan. Ese es el destino de los seres vivos: seguir el curso de la vida y llegar al agua más pura, a la fuente de su origen. Porque gran parte de su cuerpo se compone de agua, y agua necesitan para vivir y seguir existiendo; por tanto, hay más en ellos de Ulmo de lo que Melkor podrá tener jamás. Y aquí juró que mientras exista un mar, o un arroyo, o un oasis en mitad de un desierto, desafiaré a los designios del cobarde habitante de las Montañas Tiránicas.

Dicen que Melian, al oír las palabras del Vala, sintió que se desprendían de su corazón todas las capas que daban forma a la negación y al orgullo. Los presentes más observadores, y con más retentiva, juzgaron verla bajo una nueva forma, semejante a la que antaño debió tener como Maia, pero a la par diferente por haber conocido el amor, el ansia y el parto de las mujeres de carne. Entonces ella permaneció inmóvil, de pie para dar apoyo, y nada dijo mientras relumbraba hermosa como la alborada y la espuma, perdurable al paso del tiempo o a la idea de las estaciones. Pero fue el Habitante de las Profundidades quien retuvo para sí la mirada de la dama, que lo atravesó cual flecha blanca de Ilmarë, para seguido reponer al mundo la luz de ella, proyectada en el rostro marino como un espejo.

Si bien, Manwë, que era amigo del Vala Oceánico y sabía más de lo que se atrevió a decir entonces (al ser conocedor de muchos de los designios secretos de Ilúvatar), dictó que las palabras de Ulmo eran verdaderas y Eärendil digno merecedor de ser atendido. Por eso, ningún Ainur toleraría por más tiempo la vileza de Melkor.

Así fue proclamado un nuevo y extenso enfrentamiento entre los Valar y su hermano caído, llamado La Guerra de la Cólera pasadas las edades. Pero, aunque el Enemigo fue vencido y expulsado al Vacío, resultó alto el precio a pagar, pues la bella tierra de Beleriand se perdió para siempre jamás. No diremos demasiado sobre el sino de Eärendil, Elwing y sus hijos perdidos, porque el Quenta Silmarillion cuenta lo necesario: Él luchó con bravura en la batalla venidera, y es hoy la estrella más brillante del firmamento; ella, aún viviendo en Aman, puede reunirse con su amado bajo la forma de un ave. Mas, de su descendencia crecieron dos familias, una mortal y otra inmortal, consignadas a conducir los acontecimientos futuros de Endórë.

Ahora bien, Melian fue a vivir con Elwing a la costa septentrional de Eldamar por un periodo de tres años, el tiempo que duraron los preparativos del ejército valariano. Y allí fue donde Ulmo y ella se volvieron a encontrar.

Y bajo las estrellas de Varda, Melian le entregó un espléndido estandarte de madreperla e hilo azul con el emblema heráldico del Océano, expresamente confeccionado para que el emisario de Ulmo pudiera llevarlo en la venidera batalla. Mas, al sentir que no había aversión ni miedo en la dama, él le pidió de nuevo que fuera su compañera y habitara Ulmonan.

Con duda y deseo, Melian tomó de la mano al Señor de las Aguas y casi pronunció un sí. Pero no fue así, y su belleza pareció estremecerse al enunciar estas palabras:

—Debí ser sincera en su momento. Es cierto que, en la noche que os divisé caminando sobre el mar, os anhelé como las mujeres desean a los hombres y, por un momento, mi corazón quiso ir a vuestro encuentro. Como nunca olvidaré que vuestra acción salvó a uno de los míos del más funesto fin. Pero amé a Elwë y, al unirme a él, elegí el destino de los Quendi, atándome a sus flaquezas y a su forma de morir. Aunque la tentación es grande, pues he añorado la brisa costera y comienzo a ser consciente de las emociones que quise negar, soy viuda y no sería digna de ningún amor si hoy no mantuviera mi promesa. No me lo pidáis más, mi señor, porque la repuesta nunca cambiará.

Entonces rigió el silencio, ya que un gran malestar quedó dibujado en el perfil de él y ella no encontró fuerzas para levantar la vista. Si bien, el Vala, que tenía los ojos claros y oscuros al mismo tiempo (como si la luz y la profundidad flotaran en ellos), envolvió con sus brazos los hombros de la Maia antes de hablar:

—Ahora entiendo el dolor de Brandir cuando pude verle verter el llanto sobre las frías aguas del Teiglin por afecto a la hija de Húrin, puesto que todo lo percibo desde mi abismo desolado. O aquello que debió sentir Maeglin para traer la ruina a Gondolin. Si éste es el destino de las personas que aman sin ser correspondidas, ciertamente resulta una triste estrella, aunque sufrible. Aceptaré tu decisión. Porque te respeto y te amo. Mas, puede ser un error: Aún pienso que el mismo Eru fue quien decidió unir nuestros caminos y, con los siglos, nos arrepentiremos de no haber dado cobijo o esperanza a ese sentimiento de extraña naturaleza. Porque, sin pretenderlo, hablas de la promesa amorosa hecha a Thingol como si fuese una obligación. Y el Amor, Melyanna, debería ser un regalo liberador, y no una cadena. Aún seré tuyo a pesar de todo. Te conocen como “Amado Regalo” y bien creí que podías ser aquello que el Único no me concedió. Aquí te llamo “Niemíre”, pues derramaste tus lágrimas en la marea y yo las transformé en un tesoro, y así han de convocarte quienes habiten en la costa. También por ti, espíritu de la tierra, mi reino ha mutado y existen peces con cabeza equina, sin piernas, cual pequeñas espirales vivas de fino hueso.

Después, pálido igual que las salinas, Ulmo besó primero la frente de Melian y luego sus labios, de forma fugaz y dulce, como un pez rozando curioso la desconocida piel humana.

Pero ella prolongó el contacto al sentir la despedida inminente y, por una vez, su pensamiento no fue para Thingol.

—Dicen del Agua que nunca es constante —aclaró Ulmo antes de partir para no regresar, con el valioso estandarte ondeando en el crepúsculo—. ¿Cómo puede no serlo? Cuando vuelve una y otra vez sobre sus pasos para acariciar la añorada orilla, o cuando los ríos llegan al mismo lugar. ¿Cómo no va a ser inmutable y perfecto en la calidad de su afecto si, tras ser nieve o hielo, vuelve a su bella forma elemental, transparente igual que el cristal? Tiene mi amor por ti muchas apariencias; es huidizo como la tinta de pulpo, desproporcionado como un torrente, brillante como los reflejos de la luz o cálido como el vapor. Ciertamente, es cambiante y ni yo mismo puedo comprenderlo, pero aun así conserva su profundidad natural. Escúchame: Mientras los Caballos de Mar vivan, yo te seguiré amando. No volveré a pedirte que seas mía, Niemíre, Joya de Lágrimas. Sé feliz con el camino elegido.

Hasta aquí nos atrevemos a relatar: con el rechazo de Melyanna y el decreto de Ulmo de respetar la decisión y no amar a nadie más. Es pues una de las explicaciones para el aislamiento del Señor de los Océanos y para su halo de tristeza, aunque todas las fuentes dejan constancia de la gran humanidad que albergaba.

Ahora bien, no es un final definido.

Hay quien le gusta relatar como el Rey Thingol volvió a la vida tras el juicio de Námo, para caminar con un nuevo cuerpo sobre la tierra de Valinor. Al saberlo, Melyanna partió en su búsqueda y la segunda unión fue como si jamás ambos hubieran conocido la separación. Al poco, fueron a vivir a Tol Eressëa y, por amor a la Maia, Ulmo bendijo al matrimonio y amparó su felicidad. A su vez, Alalminorë se convirtió en un lugar maravilloso, prosperando gracias a la tutela de los Ainur Marinos con cada año transcurrido.

Pero la materia de los mitos es basta. No serán éstas las últimas palabras que proyecten claridad sobre la raza sagrada, ni serán tampoco las más elocuentes. Otras muchas narraciones o baladas se escribirán para la gloria de Ilúvatar y para la gloria de la imaginación de los hombres, quienes ven en su mito soñado la llama de un pasado tan ficticio como auténtico.

Por ello, nadie acepta una simple conclusión. Existen tantas como pueblos que las recitan, dependiendo cada una de ellas del nivel cultural, la situación o el momento de su concepción.

Hay cantares esencialmente concebidos como narraciones exaltadoras de la pasión, entonados con arpa para arrancar el suspiro en las damas de alta cuna. Dicen que Melyanna y Ulmo decidieron no permanecer juntos. Mas, a pesar de todo, como marido y mujer compartieron un pensamiento amoroso con la profundidad del mar, el cual acabó por efectuarse en el dolor de la Guerra de la Cólera, aunque fuera por una única noche jamás repetida. No

volverían a verse; pero todo aquello que habitaba en el agua o en su cercanía, todo ser o cosa sin excepción, sintió el intenso pulso de los cuerpos entrelazados y el sabor del amante, y la necesidad imperiosa de no permanecer en soledad sobre el mundo. Esa noche, todas las olas destilaron amor y nada más.

Pero hay quien quiere relatar otro final para la historia: Que el destino de Thingol, como Ulmo creía entender, no estaba ya vinculado al sino de Melyanna. El Gran Padre había bendecido la unión en un momento preciso de la historia de Arda, momento ya pasado, y ahora Melyanna podía sentirse libre de ser de nuevo Aini. Probablemente porque Thingol sintió desapego por la vida igual que Míriel, y quiso permanecer en las estancias de los muertos para hallar cierto sosiego (aunque otros opinaron que fue ella quien rompió su corazón, y así su deseo por vivir se desvaneció). Sea la razón, Ulmo y Melyanna se unieron por amor a pesar de las diferencias que los separaban.

En dicha versión, Melyanna cambió de forma, volviéndose fluida y profunda como los espíritus Maiar consagrados a Ulmo. Si una vez fue más hermosa y cálida que las sombras de los árboles veraniegos, ahora su apariencia espiritual tendría algo de perla, de sal, de remordimiento y de lactancia. O su nueva melena no distaría de la apariencia que tiene un estanque bajo el crepúsculo. Desde entonces ella viviría en la marea, acunada por su enamorado y, en armonía con Ossë y Uinen, lograría crear cánticos protectores para aquellos desdichados que buscan respuestas en el retiro costero.

Pero en ciertas versiones se tiende a dar consecuencia al amor con la aparición de descendencia. Algo casi impensable entre los Ainur, mas no para Melyanna, que fue madre en la Tierra Media.

Bien, yo no sé hasta donde es posible creer. Mas si fuera así, sus hijas serían las Oarni, las Lejanas: los espíritus femeninos del recóndito mar, cuya apariencia y voz son tan extraordinarias que embrujan a los navegantes. ¿Cómo no iba a ser posible? Tienen el encanto de Melyanna y solamente Lúthien, la más agraciada de los Eruhíni, hubiera podido prevalecer sobre ellas. Las Oarni son criaturas exuberantes y a veces benefactoras; pero terribles e insensibles cuando lo deseaban, igual que escualos entre las corrientes. Porque en la misma medida eran hijas de Ulmo y sus corazones se rigen por razones desconocidas. Sin embargo, hay fuentes antiguas que mencionan como las Oarni ya existían antes del despertar de los Quendi, lo que convierte en impensable que fueran fruto de la unión entre la Maia y el Vala. Ahora, otros cuentan que ellas tienen el don de vivir fuera del orden del tiempo, por tanto, aunque son hijas de Melyanna y Ulmo, ya habitaban los mares antes de ser concebidas. No es extraño que la verdad acabe perdida en el mito.

Por último, otros indican que Ulmo y Melyanna no pueden estar juntos en esta existencia, pero sí en la siguiente, pues hay un mito que narra el fin de todos los días, tras la gran batalla definitiva contra el Maligno en la que Arda quedará destruida. Si bien, los

Silmarils, las joyas de la perdición, serán recuperados y los dos árboles revividos, y una nueva canción de concepción será compuesta por Ilúvatar para el segundo regreso de la vida. Entonces, solamente entonces, a lo mejor los caminos de Ulmo y Melyanna logren cruzarse. Aunque nadie sabe cómo...

No importa la conclusión definitiva para nuestro cuento. Sólo debemos tener esto presente: El sentimiento de Ulmo por Melyanna no ha cambiado.

Aún hoy existen diminutos potros en el mar que, por amor a sus hembras, son los machos quienes paren.